

poral) y cuando, al menos, la combinación de una estructura organizativa y un entorno estables se traducía en un contexto de pre-visibility, tranquilidad y certidumbre para los docentes. Estuvo bien, sobre todo, durante todo ese tiempo en que coincidieron en la escuela alumnos que prácticamente no necesitaban profesor con profesores capaces de sacar lo mejor de cualquier alumno (pero sin olvidar, de nuevo, que el camino quedó sembrado de cadáveres escolares por ambas partes: D. Gregorio, el héroe magistral y magisterial de *La lengua de las mariposas*, una de esas películas que cada dos o tres años encandilan al profesorado, no sólo es la víctima del prejuicio y la barbarie, sino que también es definido con la excepción del gremio, «el maestro que no pega»).

Imagine que está usted mirando una de esas peceras de ciertos restaurantes en las que puede verse nadar a toda una colección de materias primas para el segundo plato. En algún momento, un bocado de cierto tamaño desciende en diagonal para comer algo que se encuentra en la esquina inferior izquierda y, para que se vea mejor, delantera. Entreverre los ojos hasta quedarse solamente con los contornos y tendrá casi una representación gráfica, o algebráica, del problema escolar. Las aristas vertical izquierda y horizontal inferior de la pared delantera de la pecera son ahora unos ejes de ordenadas que se juntan en el origen. El pez se sitúa en la diagonal, su boca se confunde con el origen, y el contorno curvo de su panza asciende despegándose poco a poco de la horizontal pero cada vez con más fuerza: matemáticamente, se trata de una curva o función creciente, convexa hacia el origen, así como de pendiente o derivada positivas y crecientes (la segunda derivada es también positiva); la curva del lomo discurre al contrario, creciendo con un ímpetu inicial que se va apagando poco a poco: en términos matemáticos, una curva o función también creciente, pero cóncava hacia el origen, de pendiente o derivada positivas pero ahora decrecientes (la segunda derivada es negativa); las dos curvas o contornos empiezan juntas, se separan progresivamente alcanzando su máxima distancia más o menos a la mitad del cuerpo del pez y vuelven a acercarse hasta encontrarse de nuevo, cruzarse y dar lugar a la cola, cuyo contorno inferior es la prolongación del lomo y el superior la de la panza. Ya está. Ya ha visto usted el problema... de la masificación de la enseñanza.

Nuestras coordenadas no son meramente decorativas, sino verdaderas variables. El eje horizontal de las abscisas representa a los

alumnos según llegan, del primero al último, pero en orden no temporal sino vocacional: primero los que estudiarían por encima de todas las cosas, incluso sin escuelas ni maestros ni institutos ni profesores, los que tienen una vocación tal que apenas necesitan ayuda y que, si la reciben, sacarán el máximo de ella; después vienen los que aprenden bien en la escuela pero difícilmente lo harían sin ella, y, al final, los que de ninguna de las maneras. Obvio es que no hay dos ni tres ni cuatro tipos de alumnos, sino que éstos se ordenan en todas las posiciones a lo largo de un continuo, como también lo es que con esto no decimos nada sobre por qué unos son los alumnos soñados y otros la pesadilla de los profesores, si por sus características innatas, por su medio social, por la misma experiencia escolar o por qué combinación de éstos u otros motivos. En el eje vertical de las ordenadas se cuentan los recursos que necesita, para obtener ciertos resultados, cada alumno adicional. Por eso la curva es ascendente (más alumnos, más recursos) y de pendiente creciente o derivada positiva (cada alumno necesita más recursos que el anterior, dado que los hemos ordenado por su probabilidad de ser escolarizados y/o su disposición a serlo). Este tipo de curvas no tiene ningún secreto y correspondería, en economía, a una función de costes crecientes, como por ejemplo la que refleja los costes de cultivar parcelas de tierra cada vez menos fértiles a medida que aumenta la población, permaneciendo el resto de cosas igual. Las formas educativas consisten precisamente en eso, en atraer a la escuela o retener en ella a grupos de alumnos de costes crecientes, es decir, que para eso requieren más recursos que los que ya accedían o habían podido ser retenidos antes. La masificación de la enseñanza no es sólo un aumento absoluto del número, sino también un alumnado cada vez más difícil, por distintos motivos.

Pero quienes se quejan sin matices de la masificación de la enseñanza (de las reformas comprensivas, de la retención de los objetores escolares, de la prolongación del tronco común, etc.) olvidan que la masificación del alumnado es sólo la mitad del fenómeno: la otra mitad es la masificación del profesorado. No sólo es que no pueda concebirse la una sin la otra, sino que la otra (la profesorado) ha sido notablemente más espectacular que la una (la del alumnado). Es un olvido chocante, pues no hay duda de que buena parte de los que se lamentan nunca habrían podido convertirse en profesores si no hubiese crecido el sistema por la base. Pero lo verdaderamente interesante es que la masificación del pro-